

AURELIO BAIG BAÑOS

CINCO ANDALUCES EN MADRID

(TIRADA APARTE DE LA REVISTA DE LA BIBLIOTECA
ARCHIVO Y MUSEO DEL AYUNTAMIENTO
DE MADRID)



MADRID
IMPRENTA MUNICIPAL

1928

Ayuntamiento de Madrid

FM3470

AURELIO BAIG BAÑOS

CINCO ANDALUCES EN MADRID

(TIRADA APARTE DE LA REVISTA DE LA BIBLIOTECA
ARCHIVO Y MUSEO DEL AYUNTAMIENTO
DE MADRID)



12/91.509



MADRID
IMPRENTA MUNICIPAL
—
1928

El bondadoso y complaciente amigo don
Rafael Rodríguez y Gil, con veneración y
respeto,

Purebi Paig Pañot.
1842.

CINCO ANDALUCES EN MADRID

D. Manuel Sandoval, poeta y académico de la Española, nos pintó de mano maestra *La tertulia de D. Juan Valera* (1). En este lugar señorial y señorial se incubaron los *Cuentos y chascarrillos andaluces* tomados de la boca del vulgo, coleccionados y precedidos de una introducción erudita y algo filosófica por «Fulano», «Zutano», «Mengano» y «Perengano».

¿Quiénes eran estos cuentistas? «Fulano», D. Juan Valera, que también usó los seudónimos de «Currita Albornoz», «Un aprendiz de helenista» y «Eleuterio Filogyno»; redactó la introducción y firmó sus treinta y nueve cuentos (2) con un asterisco; «Zutano», cuyo seudónimo había utilizado Narciso Campillo en *La Ilustración Española y Americana*, así como el de «Un sacristán jubilado», firmó sus diez (3) cuentos con dos asteriscos; «Mengano», D. Juan Gualberto López-Valdemoro y de Quesada, conde de las Navas, que también ha empleado el anagrama «Vasco de San Allende», firmó sus quince (4) cuentos con tres asteriscos, y «Perengano», D. Mariano Par-

(1) Artículos publicados en *La Época*, 30 de octubre, 15 de noviembre, 1 y 16 de diciembre de 1920, y 1 y 15 de enero de 1921. Suplementos a los números 25.121, 25.133, 25.145, 25.157, 25.175 y 25.187. Están numerados del I al VI. En el V se citan los *Cuentos y chascarrillos andaluces*. También cita esta obra el señor conde de las Navas en la página 24 de su conferencia *El chascarrillo andaluz*, VII de las conferencias dadas en el Centro de Intercambio intelectual germano-español (Madrid, 1926). En varias obras más se habla a la ligera de los referidos cuentos.

(2) *Las gafas*, págs. 1 y 2 del volumen a que hacemos referencia; *Elocuencia vizcaína*, págs. 3 a 9; *Los santos de Francia*, págs. 10 a 12; *Fecundidad de la memoria*, págs. 13 y 14. *Conversión de un heterodoxo*, págs. 15 a 20; *Manifestaciones de duelo del rey de Portugal*, págs. 21 y 22; *La reina madre*, págs. 23 a 34; *El señor Niechtverstehen*, págs. 35 a 40; *El famoso cantor Madureira*, págs. 41 y 42; *El portugués filólogo*, pág. 43; *El portugués que llegó a Cádiz*, pág. 44; *El gitano teólogo*, págs. 45 y 46; *El cocinero del arzobispo*, págs. 47 a 50; *Quien no te conozca que te compre*, págs. 51 a 55; *El Gloria Patri*, págs. 66 y 67; *Doña Bishodie*, pág. 68; *El animal prodigioso*, págs. 75 y 76; *La karaba*, pág. 77; *Las castañas*, págs. 78 y 79; *La col y la caldera*, págs. 84 a 86; *El consonante*, págs. 87 y 88; *El canto gangoso*, pág. 89; *Un refrán mal aplicado*, págs. 90 a 92; *Charadas*, págs. 93 a 95; *Bagajes*, pág. 96; *Interpretación de un texto latino*, página 97; *Milagro de la dialéctica*, págs. 106 y 107; *Extraña manutención militar*, págs. 108 y 109; *El ermitaño y la princesa*, págs. 110 a 114; *Cata-clismo*, págs. 130 y 131; *Queja injusta de una suegra*, págs. 132 a 134; *Los emigrantes*, págs. 147 y 148; *La confesión reiterada*, págs. 171 a 177; *El padre Postas*, págs. 179 a 181; *La Virgen y el niño Jesús*, págs. 189 a 191; *De los escarmentados nacen los avisados*, págs. 192 a 196; *A quién debe darse crédito*, págs. 210 y 211; *Bondad de la plegaria*, págs. 212 a 215, y *Por no perder el respeto*, págs. 253 a 263. Son los cuentos 1 al 14 inclusive, 17 y 18, 20 al 30 inclusive, 35 al 37 inclusive, 43 y 44, 46, 51, 53, 56 y 57, 63 y 64 y 75. Están, como todos los demás, sin numerar.

(3) *El picador*, págs. 56 a 59; *Las indirectas del padre Cobos*, págs. 60 a 65; *No puede ser*, págs. 80 a 83; *Higiene conyugal*, págs. 115 a 119; *Nobles y plebeyos*, págs. 135 a 146; *Muerte dulce*, págs. 149 a 155; *Una pregunta*, págs. 158 a 160; *Laconismo*, págs. 185 a 188; *El gitano moribundo*, págs. 216 a 219, y *El grabado*, págs. 236 a 249. Números 15 y 16, 23, 38, 45, 47, 49, 55, 65 y 73.

(4) *Tomando las once*, págs. 69 a 74; *Las últimas del tío Tabique*, págs. 98 y 99; *El niño y el tordo*, págs. 100 y 101; *¿Me conoces?*, págs. 102 y 103; *De la Verge*, págs. 104 y 105; *De cereales*, págs. 120 y 121; *Sopas de ajo*, págs. 122 a 125; *La contraseña*, págs. 156 y 157; *El ángel*, págs. 161 a 170; *Acertijo*, pág. 178; *Plata menuda*, págs. 197 y 198; *Un diplomático en canuto*, págs. 201 a 203; *El tercer sentido*, págs. 208 y 209; *Menudo*, págs. 227 a 229, y *Un gran dentista*, págs. 250 a 252. Números 19, 31 a 34, 39 y 40, 48, 50, 52, 58, 60, 62, 69 y 74.



do de Figueroa, muy conocido por «El Doctor Thebussen», «M. Droap», «Tagarote», «El Bachiller Singilia» y otros seudónimos, firmó sus once (1) cuentos con cuatro asteriscos.

Valera era cordobés; Campillo, sevillano; el conde de las Navas, malagueño, y Pardo de Figueroa, gaditano. El editor de los cuentos (2), D. Fernando Fe, era también de Sevilla. El tercero es quien únicamente vive.

D. Santiago Montoto sacó a relucir (3) cuanto se relacionó con el embrión y percances de aquel libro. Valera fué incitado a publicar los cuentos que fueran chuscos, dichos agudos o chascarrillos. Por subditos de color se rechazaron *El verdugo de Málaga*, *La pobre* y *Las orejas*, de «El Doctor Thebussen». Se convino en justificar con el «folklorismo» la admisión de los escabrosos. La gazmoñería de varias damas a quienes se leyeron desanimó bastante a D. Juan. Aconsejó a «El Doctor Thebussen» rehiciera su autógrafo a Narciso Campillo, sin equívocos (4). Tres mil pesetas pagó el librero Fe por la primera edición (5). La irreprimible satisfacción de éste compensaba de la nerviosidad producida por el mutismo de la crítica. *El Liberal* prodigó elogios al libro (6). *El Tiempo* dijo que era verde, publicando los cuatro peores

(1) *El Jesús de la montaña*, págs. 126 a 128; *San Antonio*, pág. 129; *El reloj nuevo*, páginas 182 a 184; *El remo*, págs. 199 y 200; *Un desafío*, págs. 204 a 207; *Las sardinas*, págs. 220 a 222; *El alojado*, págs. 223 y 224; *Los tres favores*, págs. 225 y 226; *La trompetería*, págs. 230 y 231; *La Giralda*, págs. 232 y 233, y *La verdad*, págs. 234 y 235. Números 41 y 42, 54, 59, 66 a 68 y 70 a 72.

(2) Hizo dos ediciones. La primera en 1896 y la segunda en 1898. La introducción es también la misma en una y en otra. La segunda, que es la que tenemos a la vista, sólo aporta como novedad una *Advertencia preliminar*, de la que hablaremos en sazón oportuna.

(3) En *El Sol* de 13, 16 y 23 de octubre de 1926, bajo la titular *Curiosidades literarias: Las amarguras de D. Juan Valera. (De su correspondencia inédita.)*

(4) El Sr. Domínguez Bordona, en los números V, VI y XII de esta REVISTA, correspondientes a los trimestres primero y segundo de 1925 y el último de 1926, págs. 83 a 109, 237 a 252 y 430 a 462, insertó un interesante trabajo de acarreo documental: *Centenario del autor de «Pepita Jiménez»: Cartas inéditas de Valera*, y transcribió LXXXVI, la mayor parte dirigidas a don Narciso Campillo, y de las cuales hizo un estudio con anterioridad D. Francisco Rodríguez Marín en su conferencia *D. Juan Valera, epistológrafo*, dada en la sala de actos de la Real Academia Española en la noche del 12 de diciembre de 1924. (Madrid, MCMXXV.) En la LXXVII [agosto, 1896] transcribe el Sr. Bordona la en que Valera remite a Campillo «un programa carteril» y el ejemplar de *Cuentos y chascarrillos*, sólo a falta del autógrafo del conde de las Navas, de quien el interesado lo recogería.

(5) En la carta LXXIX de las publicadas por el Sr. Bordona, fechada el 28 de marzo de 1898, se desprende que a Campillo se le abonarían unas 375 pesetas, «poco más o menos», por su parte en la segunda edición de los *Cuentos*. Es de suponer que cobrando todos lo mismo, el coste total serían 1.500 pesetas.

(6) El 22 de julio de 1896 así dijo: «Esos *Fulano*, *Zutano*, *Mengano* y *Perengano* son unos grandísimos maestros, escritores de aquellos que en la literatura contemporánea han alcanzado las consideraciones más altas de la fama y de la gloria, y sus cuentos de este volumen —tomados efectivamente de las narraciones populares— han aumentado enormemente en valor con el engarce del talento, de la gracia, del ingenio en presentar las escenas y de la donosura y el primor en narrarlas.»

Al día siguiente *El Imparcial* decía: «Algo de lo que hicieron el infante D. Juan Manuel en su *Conde Lucanor* y Juan de Timoneda en su *Sobremesa y alivio de caminantes*, es lo que han hecho los cuatro escritores que con los seudónimos al principio citados se encubren, escogiendo con depurado tino unas cuantas docenas de cuentos de los que oyeron de boca no siempre letrada...» «El menos dado a la adivinación juraría sobre su conciencia que los que en tal labor pusieron mano, obras más altas, más propias y de mayores empeños llevaron a feliz y popularísimo término...» «Ni el más escrupuloso podrá tachar página alguna del libro.»

cuentos, uno de cada autor (1). Cuando D. Juan creía conjurada la tormenta surgieron «a fines de agosto» unas cartitas (2) en *La Unión Católica* (3) que, publicadas por separado (4), le disgustaron enormemente.

Tuvo razón para ello, como veremos más adelante. D. Juan, como hombre mundólogo y buen diplomático, era la pulcritud y la corrección su norma constante. La elegancia de sus maneras manteníase en perfecto equilibrio con el decir, no con el murmurar de las gentes. Como artista irreprochable que fué en la crítica y en la novela, si se quiere *a lo gran señor* en ambos campos literarios, era capaz de huir de la popularidad como de la peste si el ser popular y famoso representaba el convertirse en actor o protagonista de una controversia sin medida o de un antagonismo con desplantes. El escritor irónico y escéptico, impregnado de aticismo impecable, prefería en estos casos no dar señales de vida y soportar con resignación borrascas de la crítica e improperios de los audaces y temerarios (5).

Mucho de audaz y no poco de temerario tuvo el autor de aquellas cartitas que, según modismo andaluz, *ardían en un candil*. ¿Quién era? ¿Cómo se atrevía a decir que se *ciscaban* en la Real Academia Española «tres académicos correspondientes y un *cuadrillero* de número» por «arrojar sobre el escaso número de los que leen la hez de nuestra gracia vulgar, la podre repugnante de nuestro popular humor y toda la inmundicia asquerosa de la espa-

(1) No hemos podido encontrar estos artículos.

(2) Fueron ocho, numeradas. Llevaban el título de *Cartas andaluzas* y el subtítulo o dirección de Sr. D. J. [Juan] V. [Valera], iniciales que podían adaptarse a un José Villegas, a un Joaquín Valverde, a un Jaime Viniegra, a un Julián Valmaseda, etc., etc. Firmábalas «El Bachiller Francisco de Estepa».

(3) Días 13, 17, 20, 22 y 29 de agosto y 11, 15 y 19 de septiembre de 1896.

(4) *El Bachiller Francisco de Estepa. — Académicos en cuadrilla. — Denuncia*. Madrid, librería de Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, 2, 1897. Prólogo y XI cartas. 119 páginas, de 16 por 9 centímetros. Particularidad saliente de este libro es la de haber tenido el mismo editor, D. Fernando Fe, que el de *Cuentos y chascarrillos andaluces*. Fe era un gran carambolista, cazándolas al vuelo.

(5) En el centenario de su nacimiento, 12 de diciembre de 1924, la Real Academia Española le rindió pleito homenaje con la semana de D. Juan Valera. El Sr. Rodríguez Marín le enalteció con esta semblanza: «Y aun todo tributo nos parecería escaso para aquel saber portentoso que Valera fué atesorando durante su vida, para aquel notable talento crítico que sobre todo linaje de materias literarias y filosóficas sabía enjuiciar con originalidad y acierto, para aquel finísimo donaire que como mina inexhausta manaba copiosamente por sus labios y por su pluma, y, en fin, para aquella dulce benevolencia con que siempre adoctrinó a cuantos acudíamos a las clarísimas luces de su entendimiento y a su vasta cultura y natural buen gusto en busca de consejo o de noticias.» (Págs. 9 y 10 de *D. Juan Valera, epistológrafo*.)

Según D. Luis Araujo Costa, discerniendo la labor crítica de Valera: «Sólo fustigó la plebeyez y el mal gusto, y fué labor difícil averiguar en todas sus obras (48 volúmenes) cuándo terminaba la ironía y empezaba el aspecto serio.»

D. Juan Valera, para D. Eduardo Gómez de Baquero, «por sus vastos conocimientos de las lenguas vivas y muertas, era un humanista de temperamento artístico y de gusto delicado, que supo dar a sus obras la amenidad y mantener el equilibrio de la forma con la profundidad del pensamiento».

El señor marqués de Villaurrutia abrió nuevos cauces en los temas de la disertación con Valera, diplomático y hombre de mundo. El disertante, compañero de carrera de D. Juan, «aportó datos interesantísimos, los más inéditos, y que por sí solos bastan para dibujar con trazos inconfundibles aquella figura literaria».

ñola musa cómica»? (1). ¿No era gran temeridad suponer de Pardo de Figueroa, del conde de las Navas, de Narciso Campillo, por entonces académicos correspondientes, y de Valera, académico de número, que debieron «manejar por plumas los palpos de una cucaracha», quienes «no parece sino que lo han publicado (el libro de los *Cuentos y chascarrillos andaluces*) adrede para mengua y descrédito de la bendita tierra de María Santísima»? (2).

Con el mismo seudónimo fué el autor de otro libro de escándalo. A principios del mismo año 1896 dió a la estampa *Los jesuitas y el padre Mir: Cartas a un académico de la Española*. Leopoldo Alas, «Clarín», bombeó este libro sin conocer al autor. En preciosa *Cháchara*, inserta en *El Imparcial* del miércoles 27 de mayo de 1896, Mariano de Cavia díjonos, omitiendo el primer nombre de pila, quién era el autor del «libro enderezado a poner en solfa al ya arrepentido autor de *Los jesuitas de puertas adentro o un barrido hacia afuera en la Compañía de Jesús*».

«El incógnito autor del vapuleo dado a la sintaxis del padre Mir (que con tanto primor ha escrito en otras ocasiones) no es, según ha supuesto algún escritor muy discreto y avisado, el mismísimo Antonio de Valbuena, de terrible memoria. Bajo el seudónimo de «El Bachiller Francisco de Estepa» se oculta el modesto nombre de D. (Francisco) Teodomiro Moreno Durán» (3). Y agregaba que tal escritor era un andaluz joven e ilustrado, susceptible, al «trabajar de firme», de tomar la alternativa como crítico (4).

Al investigar nosotros en *La Unión Católica*, cuyo director, D. Juan Menéndez Pidal, tenía en alta estima, nos cercioramos de que usó con anterioridad otro seudónimo, el de «Mambrú». Con éste y con el de «El Bachiller Francisco de Estepa» publicó bastantes artículos en el diario más arriba citado (5). Para nuestro objeto, hablar de la *destripación frustrada* de los

(1) Págs. V, VI y VIII del *Prólogo*, dirigido al «señor presidente de la Real Academia Española» de *Académicos en cuadrilla*.

(2) Carta I, págs. 12 y 17 de la misma obra.

(3) En la segunda parte de la época regional y modernista, 1888-1907, pág. 164 del tomo XI de la *Historia de la lengua y literatura castellana*, le cita D. Julio Cejador y Frauca. También lo cita «Maxiriarth» (Hartzenbusch) en la página 47 de *Unos cuantos seudónimos de escritores españoles*.

(4) Actualmente vive muy avejentado. Debió nacer por los años 1860 a 1863 en Estepa (Sevilla). Conjeturamos que todo lo más tendrá sesenta y siete años. Estudió en la Universidad de Madrid. Tenía, juzgándole por aquellas dos obras suyas, imaginación cultivada, fogosa y meridional. Era muy simpático y bullidor, más alegre que unas castañuelas, tanto en su país natal como en la corte. Es de suponer que aquí sentara sus reales en busca de medro y fama. Hizose un lugar en la prensa. No sabemos los años que trabajó en ella. Sí sabemos que sus últimos años los pasó en Barcelona en una casa editorial, y que ha hecho muchas traducciones de novelas francesas e italianas. Ahora tiene en el telar o concluido un gran Diccionario, en espera de que se lo acepte alguna casa editorial madrileña. Reside en Madrid cuando escribimos estas líneas.

(5) Artículos publicados con el seudónimo de «Mambrú»:

Peñas arriba.—I. *El asunto*.—II. *Los personajes*.—III. *El país*, 11-2-1895.

Pachín González, 27-2-1896.

Letras y artes.—*Estudios superiores*.—*Las cátedras en el Ateneo de Madrid*, 4-12-1896.

Letras y Artes.—*Las fiestas de Navidad en el colegio de los padres jesuitas de Orduña*. 2-1-1897.

Cuentos y chascarrillos andaluces, no se requieren más investigaciones ni el descifrar si empleó asimismo el seudónimo de «Ginesillo» (1) con el que puso a «Clarín» «cual no digan dueñas», ni qué medula satírica o entraña religiosa tuvieron sus obras originales o traducidas con su nombre o su seudónimo a disposición de los curiosos en la Biblioteca Nacional (2) y en la Municipal de Madrid.

Todo lo que D. Juan Valera dijo en la introducción de los *Cuentos y chascarrillos andaluces* (3) «El Bachiller Francisco de Estepa» quiso re-

Libros nuevos.—*El tesoro de Gastón* (Biblioteca Elzevir de la casa Gili, de Barcelona), 19-7-1897.

Artículos publicados con el remoquete de «El Bachiller Francisco de Estepa»:

Cartas andaluzas.—Sr. D. J. V.—I, 13-8-1896.—II, 17-8-1896.—III, 20-8-1896.—IV, 22-8-1896. V, 29-8-1896.—VI, 11-9-1896.—VII, 15-9-1896, y VIII, 19-9-1896.

Vamos a cuentas, 10-4-1897.

Cartucherita.—I. 19-4-1897.—II. 21-4-1897.

Neuróticos payasos, 30-4-1897.

Carta abierta.—Al autor de *Gente Conocida*, 3-5-1897.

Toros sin pan, 8-5-1897.

El lujo, 13-5-1897.

Artes y letras.—*Misericordia*, por B. Pérez Galdós.—I. Anverso, 25-5-1897.—II. Reverso. 26-5-1897. (El Anverso lo firmó con «Mambrú»; el Reverso con «El Bachiller Francisco de Estepa».)

Frases al óleo, 15-6-1897.

Sagasta caduca, 25-6-1897.

¡Palmetazo a palmetilla!, 1-7-1897.

(1) Artículos publicados con el seudónimo de «Ginesillo»:

Comidilla.—*¡Condenado prólogo de «Los condenados»!*, 8-1-1895.

Comidilla, 28-1-1895.

Comidilla.—*Clarín teresamaniaco*, 18-6-1895.

Sacras fames, 13-11-1895.

Cuentos de Clarín, 16-5-1896.

(2) *Año cristiano y vidas de los santos, entresacadas y extractadas de los autores más autorizados*, C. Rivadeneira, P. Croisset, etc., etc., por Teodomiro Moreno Durán. Obra ilustrada con grabados y precedida de un prólogo del R. P. Agustín Más Folch. Doce tomos. Signatura de la Biblioteca Nacional, piso primero, núms. 62.631-42.

Los jesuitas y el padre Mir.—*Cartas a un académico de la española*, por El Bachiller Francisco de Estepa. Madrid (Sucesores de J. Cruzado), 1896; 203 páginas en 8.º, marquilla. Signatura de la Biblioteca Nacional, piso primero, núm. 75.262, en *Raros*, núm. 57.892.

La mujer, médico del hogar..., por la doctora Ana Fischer. Duckelmann. Traducción de Teodomiro Moreno Durán. Signatura de la Biblioteca Nacional, piso primero, núm. 13.066.

El proceso de Jesús, por Juan Rosadí. Traducción de Teodomiro Moreno Durán. Signatura de la Biblioteca Nacional, piso primero, núm. 40.648.

El secreto de un bandido, por Carolina Invernizio. Traducción de Teodomiro Moreno Durán. Signatura de la Biblioteca Nacional, piso primero, núm. 19.020.

La señorita, por Jerónimo Rovetk. Traducción de Teodomiro Moreno Durán. Signatura de la Biblioteca Nacional, piso primero, núm. 25.861.

Paraiso e infierno, por Carolina Invernizio. Traducción de Teodomiro Moreno Durán. Signatura de la Biblioteca Nacional, piso primero, núm. 19.284.

Las víctimas del amor, por Carolina Invernizio. Traducción de Teodomiro Moreno Durán. Signatura de la Biblioteca Nacional, piso primero, núm. 19.018.

Académicos en cuadrilla.—*Denuncia* [por] El Bachiller Francisco de Estepa, 119 págs. en 8.º menor. Signatura de la Biblioteca Nacional, piso segundo, núm. 42.161.

(En esta obra se afirma que está agotado el folleto *El oso de la villa* y que el autor preparaba *Escenas religiosas*.)

(3) Lo que cunde el *folklore*; que esta afición es contagiosa; lo que se ha coleccionado en España; que se habían publicado ya no pocos cuentos, vulgares; que los colectores no tenían



batirlo, y más que impugnarlo, censurarlo, y más que anatematizarlo, ponerlo en la picota del epigrama y del ridículo. Con Valera cargó más la mano (1) su sátira, emponzoñada de hieles, acritudes y personalismos (2). Para todos los cuentistas pide el flagelador la expulsión de la Real Academia Española-

la pretensión de ser los primeros; que sólo aspiraban «a que se aumente el tesoro escrito de los cuentos que el vulgo refiere»; cómo clasificaban los cuentos; que es grande la estimación por la literatura humorística; que el vulgo no está «tan aburrido y desesperado como se supone»; que los críticos reparan en la producción alegre; que han coleccionado los cuentistas lo oído «contar en Andalucía» con «cierto color y cierta traza» de aquella tierra; que es difícil «averiguar el origen de cada uno»; que se les queda muchos cuentos y chascarrillos en el tintero; que otros colectores, o ellos mismos, podrán aumentar la colección con nuevos volúmenes; que «no faltan cándidos autores que califiquen a la Musa popular de casta»; que los cuentos verdes del vulgo «son en el fondo menos contrarios a la moral que muchas atildadísimas novelas»; que suprimieron no pocos ya redactados, a su parecer graciosos; que incluyeron otros por no ser su libro para «instrucción y recreo de señoritas y de niños», sino para «fijar y guardar por escrito» la poesía «épico-cómica vulgar y difusa»; que el que inventó algún cuento con ribetes volterianos no tuvo el propósito «de ofender a Dios, ni a los santos, ni a los ángeles»; que los cuentos tomaronlos de la boca del vulgo; que pueden espigarse chascarrillos con cierta rudeza, tolerable por bella forma literaria, en las comedias de Calderón y Tirso, así como en las obras de Cervantes; que no han querido cansarse «en buscar si alguien antes de nosotros han escrito los mismos cuentos»; que tendrán en tal caso alguna novedad en la escritura; que no se les debe inculpar por «la abundancia de historias y lances» relacionados con «cierto vaporoso producto del ser humano», desde antiguo mirado u oído como «fuente de chistes y de gracias, y que el público no verá pecaminosas desenvolturas para «aplaudir o reprobar la forma, pues el fondo es suyo».

(1) No sé si habrá tenido arte y habilidad para ello D. Luis de Ochaarán y Mazas; el caso es que antes del centenario a Valera dió a la estampa un libro, según nos refieren, con el fin de presentar a tan atildado escritor como enfadoso e incorregible galicista. D. Luis Astrana Marín, condolido porque Valera no juzgó el genio shakespeariano como alta cumbre literaria, lo presenta en una *Crítica literaria: El homenaje a Valera*, artículo que apareció en *El Imparcial* del 14 de diciembre de 1924 como «un portentoso aficionado, que se ejercita en todo y nada toma en serio. Mas, justo es decirlo, cada una de sus diversiones intelectuales va aromada de fina espiritualidad». Es lo triste que halle la prosa de Valera no ser pura «ni lo suficientemente rica y varia para servir de modelo».

(2) A Valera dicele, como literato andaluz amante de las letras y de la gracia, que le perdona por «amargarle su paladar delicado, si no con chismes, con cuentos, que de cuentos se trata». «Yo bien quisiera decirle quiénes son *Fulano, Zutano...* y compañía; pero no puedo, porque no lo sé, ni me importa; si bien para mí tengo que se trata de cuatro doctos, fundidos al soplete de la sal andaluza, de cuatro investigadores del ingenio popular, que gustando de hacer análisis por la vía seca y exploraciones por la de Tarifa, lejos de dar con la española gracia, se extravían por los cerros de Ubeda. En suma: *Fulano, Zutano, Mengano* y *Perengano* son cuatro *singracias* distintos y un solo *sonsonete* verdadero.» «No creo que tengan la osadía de reincidir, ni que nadie les aliente a cometer tamaño abuso, o les invite ni aun en broma, a hacer más cuentos.» «Se necesita osadía para citar a Homero como justificación de la manía de estar siempre metidos en la *hacienda del excusado*!» «Yo haría ostentar a esos cuentistas de *Fulano, Zutano, Mengano* y *Perengano* el título de príncipes de sus respectivas desinencias, y les obligaría a usar por escudo de su villanía, que no nobleza, los siguientes emblemas: un escarabajo, dios de los egipcios, y un clister, atributo de San Juan de Dios, con el siguiente mote: *¡Dios y ayuda!*»

Al propio tiempo el *Bachiller* procura rebajar la importancia de las obras de Valera: «Las *Pepitas* y *Juanitas*, por entretenidas y deliciosas que sean, no son *Quijotes* ni *Iliadas* para que tengan relativamente a su mérito—igual valor sus solecismos; y una cosa es que el más fino oro tenga impurezas, aunque más valdría si no las tuviera, y otra muy distinta que se pretenda pasar como preciosa joya un tristísimo y mohoso ochavo moruno.» Mas no se detiene aquí el encono del crítico con odiosas comparaciones y exhibición de faltas garrafales; llega a más: «Yo creo que lejos de aspirar, como usted aspira, a suprimir la crítica al menudeo, debía gestionar la supresión de los desatinos al por mayor.» (Carta I, de *Académicos en cuadrilla*, páginas 11, 12, 13 y 18; Carta II, pág. 29; Carta III, págs. 34 y 35.)

la (1). Les achaca que hicieron «mangas y capirotos del pudor, de la veracidad y de la lengua en un libro a todas luces deshonesto, fraudulento y bárbaro»; que faltan a la verdad «al afirmar que sus cuentos y chascarrillos son andaluces y que los han tomado de la boca del vulgo»; que son «un cúmulo de lances y chistes groseros y de frases y pasajes torpes y escandalosos»; que «infringen las más fundamentales normas del habla castellana y las prescripciones más elementales del arte», y que el volumen era digno, «por su forma y su sustancia, de gentecilla soez y necesitada» (2).

¿Pero es posible que ningún cuento sea gracioso, salvando *El animal prodigioso*, *El canto gangoso*, ¿*Me conoces?*, *El reloj nuevo*, *Plata menuda* y *Tomando las once*? ¿De modo que de setenta y cinco cuentos y chascarrillos hace naufragar el autor del humorístico y sarcástico escrutinio sesenta y nueve, aunque permita ponerse a flote a *Doña Bishodie*, *De la Verge* y con desabrimiento *El picador*, que es uno de los mejores cuentos, para él derivado de un chascarrillo *graciosísimo*? (3). Mas la gracia la vendía cara «El Bachiller Francisco de Estepa»; el que no es un chascarrillo repetido hasta la saciedad, está tomado o inspirado de otros congéneres.

Nos resultaría demasiado prolijo reproducir cuento por cuento, chascarrillo por chascarrillo, cuanto dió a la publicidad el *destripador*. No hizo mención de catorce cuentos (4), aunque en ninguno encontró sabor ni color an-

(1) Págs. VI y IX del Prólogo de *Académicos en cuadrilla*.

(2) Págs. VI, VII, VIII y X del mismo prólogo.

(3) «Compare, que ya han tocao a banderillas», le dicen a un abusón que *se duerme* picando un cigarro puro para hacer un pitillo *como la Girarda*, diríamos nosotros. El otro *picador*, el de la colección, es un verdadero cuento, narrado con donoso arte literario. A viva fuerza, en día de gran banquete, un andaluz es sentado a la mesa por otro andaluz de buen humor. «Picaré alguna cosilla. No mucho, porque acabo de comer como un Heliogábalo.» Y más que comer devora y escamotea todas las viandas que son de su gusto y se pegan bien al riñón. Del Moka saborea dos tazas seguidas, acompañadas de licores y excelentes vegueros. Todo con la mayor diligencia; apremiantes necesidades le reclaman en otro lugar. «Un momento —le suplica el anfitrión para indicarle que a diario tendrá un cubierto en su mesa—: Será para mí honroso, satisfactorio y económico que venga usted a comer, pero no a picar. A picar se puede ir a la plaza de toros.»

(4) No mencionó cuatro de Valera: *Manifestaciones de duelo del rey de Portugal*, que resulta una portuguesada, como quien dice, una andaluzada estrambótica; *El Sr. Niechtuerstehen*, cuento filosófico que produce honda sensación; *La col y la caldera*, que pinta a lo vivo la exageración colmada entre las gentes rústicas del pueblo andaluz, y *Los emigrantes*, trasunto fidelísimo del buen mozo andaluz que lleva consigo un tesoro de despreocupación íntima. No mencionó dos de Campillo: *No puede ser*, tan cómico, tan original y tan bien contado como *El picador* y *El grabado*, bufonesca parodia de la afición taurómaca. No mencionó seis del conde de las Navas: *De cereales*, caso típico del bobalicón que sabe a su casa, cuento o chascarrillo reproducido en otro volumen; *De chicos y grandes*: *Cuentos, chascarrillos y sucesos*, por el conde de las Navas (Madrid, 1914), págs. 225 y 226; *Acertijo*, salida ingeniosa de un muchachillo andaluz; *Un diplomático en canuto*, que con su *mijita de filosofía* larga una noticia triste como un escopetazo; *El tercer sentido*, signo acreditativo de quien huele con resignación y de quien no se resigna a oler ni a tabaco; *Menudo*, justificación pintoresca de que no puede exigirse una capa o un corte de pantalón por un real, y *Un gran dentista* evoca otro chascarrillo posterior de Luis Taboada, quien ponía en boca de un *futuro imperfecto* esta exclamación juvenil: «¡Yo viejo, y estoy echando los dientes!» No mencionó tres de Pardo de Figueroa: *El alojado*, colmo de interpretación culinaria y andariega; *Los tres favores*, burluna socarronería de que «dávivas quebrantan peñas», y *La Giralda*, salada confusión de un *quid-pro-quo*.

Varias otras cosas curiosas pudo haber dicho el *destripador*. Pudo decir que D. Juan Va-



daluces. Los ecos de algunos, bastantes, como los de *La Trompetería*, *La reina madre*, *El consonante* y otros más, le llegaron, antes que a la trompa de Eustaquio, a las fosas nasales. Por faltas de sal no pudo pasar *Las sopas de ajo*. Se le atragantaron *El ermitaño y la princesa* e *Higiene conyugal* por obscenos y desvergonzados, tildando de execrable *La confesión reiterada*. Al que no achacaba repugnancias de viejo senil, como *Por no perder el respeto*, le resultaba tan insípido como *El ángel* sin «ángel» o le obligaban «a hacer pucheros», como el *Milagro de la dialéctica*. Al que no le encontraba grosería o *fusilamiento*, le hallaba nauseabundo o sin decencia (1).

¿Todo este desagüe de improprios bufonescos y mordaces nacían de una apreciación justa? ¿Eran, por el contrario, una *destripación* en toda regla buscando a todo evento el escándalo? (2). Algo de esto vislumbra *La Unión Católica* puesto que no llegó a publicar las once cartas de *Académi-*

lera, en 1878, dijo algo en el prólogo de *Una docena de cuentos*, por D. Narciso Campillo, de lo dicho en la introducción de *Cuentos y chascarrillos andaluces*. Pudo decir que dos de éstos, *Conversión de un heterodoxo*, de Valera, y *Las últimas del tío Tabique*, del conde de las Navas (tío Tabique, citado en *El acertajo del tío Escarola*, pág. 89, en *De chicos y de grandes*), fueron extractados de *Un tipo singular*, págs. 209 a 246 de *Una docena de cuentos*. El tipo singular era un sevillano imaginario, D. Juan Clavijo, de quien hay varias singularidades más.

(1) La oración deprecativa de «El Bachiller Francisco de Estepa» puede volverse por pasiva. No son tan apuestos, ni repulsivos, ni desagradables, ni trasnochados, ni procaces, ni insulsos, ni degradantes, ni groseros, ni tristonos. Unos con más gracia o con más humorismo y otros con menos incitan a la lectura, como la incitan *La buena fama*, cuento celebrado de don Juan Valera; como *La hucha del ciego*, *La constancia* y *La plegaria*, tres cuentos de Campillo que valen por tres tratados de mundología, de tenacidad y de cháchara desbordante de donaire; como *El compañero en el Paraíso*, del conde de las Navas, verdadero raudal de arte y ternura, y como *La caja de oro*, sucedido real de «El Doctor Thebussen», si bien hay que advertir media un abismo de solemnidad y majestad augustas entre sus cuentos y chascarrillos a esta referencia erudita de un episodio conmovedor, inserto en *La Ilustración Española y Americana*, si no recordamos mal, y en las dos ediciones de las *Notas genealógicas que para tomar el hábito de Santiago presentaron D. Mariano, D. Francisco y D. Rafael Pardo de Figueroa, Serna, Manso de Andrade y Pareja*. (Págs. 97 a 103 de la segunda edición, lujosísima, publicada el año 1905 en papel de hilo, con grabados de Laporta y dibujos de Víctor Oliva.)

(2) Si no buscaba el escándalo, iba buscándole tres pies al gato. Su obra anterior, *Los jesuitas y el padre Mir*, desde luego que repelió al escándalo con el escándalo, y como anduvo a sartenazos y cubrió de tizne y hollín nada menos que a un académico de la Española, siendo aplaudido por los críticos que le nos reseñaron y por *La Correspondencia de España* el 4 de mayo de 1896 y por *La Unión Católica* el 6 de junio siguiente, juzgó que todo el monte era orégano y la emprendió con otro académico y tres correspondientes, también de gran fama. El último periódico, que leyó su obra contra el padre Mir, «puramente de crítica», no solamente «con interés, sino hasta con deleite por los chistes de que está llena», le diputó en lo satírico como un sucesor del padre Isla, lo cual le envalentonó para gritar fuerte con chistes caricaturescos en *Académicos en cuadrilla*. Chistes que tiznan, como el del chico que excusa sus manos pueras diciendo: «¡Esto no es ná; si me viera usted los pies!» Chistes sin nariz o muy pequeña; con mal olor en la boca, fruncida, «que más parecía oído»; con ojos sepultados en dos turgentes carrillos, como los que tocó la ciega madame du Deffout en el rostro de Gibbon, el autor de la *Decadencia del imperio romano*, y que le obligó a exclamar: «¡Oh, es una broma infame!» Chistes tan catarrosos como el que *hasta los escarabajos tienen tos*, esto es, hasta los eruditos quieren tener gracia. Chiste con maternidad, como el de «¿Acaso las otras madres llevan a sus hijos en el bolsillo y no en las entrañas?» Chistes a la luz de la luna, parodiando a M. Galland, autor de *Las mil y una noches*. Chistes crematísticos, como el del mal escritor que no arruina a nadie, pero «un duro se lo estropea a cualquiera». Chistes de lavadero, como el de la rúbrica de Lucas Gómez, que pedía con urgencia lavandera. Chistes de peluquería, como el de aquel criado con una montaña de pelo que ante una visita le pregunta a su señora: ¿Quiere

cos en cuadrilla y no redactó ni una sola línea para anunciar la aparición de este libro (1).

Algo le «jalearon» *La Correspondencia de España* (2) y *La Epoca* (3); mas uno y otro diario cargaron a «El Bachiller Francisco de Estepa» con el mismo estigma que impuso a «Fulano», «Zutano», «Mengano» y «Perengano». ¡El *destripador* fué materialmente *destripado*! *La Correspondencia de España* decía: «no hay vicio por él [«El Bachiller»] reprendido a los académicos de que él no adolezca en su librito». «Cuentos viejos como los de marras, frases y palabras de subido color y faltas de buena policía, de todo hace alarde este diablo predicador de «Bachiller». «Por ejemplo, las tres primeras líneas de su memorial-denuncia son las siguientes: «En el seno de esa casa más de un individuo se *cisca*, excelentísimo señor.» «No hay para qué seguir, que más vale no meneallo.»

Francisco Fernández Villegas, «Zeda», le reconvinó al «Bachiller» en *La Epoca*, de igual manera que *La Correspondencia* sacó a plaza sus yerros gramaticales, y le amonestó en esta forma: «El camino que usted sigue—con la esperanza sin duda de adquirir fama en breve tiempo y con poco trabajo—podrá ser el más corto, pero no es el mejor. Quizás oiga usted elogios de los impotentes que se recrean y refocilan al ver que uno más fuerte que ellos da palos, aunque sean de ciego. Desentiéndase usted de tales alabanzas. Usted tiene talento, cultura y bríos para ejercer la verdadera crítica sin blanduras afeminadas, pero sin procacidades de mal gusto. ¿Por qué ha de empeñarse en desaprovechar dotes envidiables que pueden tener más alto empleo que el de perder el tiempo y el discurso escribiendo de cosas tan fútiles e insignificantes como la colección de chascarrillos, a quienes ni los mismos padres que la engendraron han querido concederle públicamente su paternidad?»

No obstante la circunspección y los elogios que volcaron sobre «El Bachiller», éste, al verse *destripado*, abrió el grifo de la bilis, y con su artículo *Palmetazo a palmetilla* (4) replicó que ni él leía a «Zeda», «chivo de dos madres» a quien «se le volvió la jaca jaco», ni él era desaseado, a pesar de

usted que vaya a que me corten *lo que usted sabe?*» Chistes de sacramental o patriarcal, como el de que entierren a los cuentistas con el *ruido humano* que estiman «como muy agradable sinfonía y grata música». Chistes de polvorín, como el del niño que se tragó una bala y el médico prevenía que no se apuntara a nadie con el muchacho». Chistes de pozos negros, como el de que «se juntaron cuatro [escritores] a ensuciar». Chiste reverencioso, como el de aquel plebeyo a quien «cñó Enrique IV el tahalí de su espada en señal de nobleza», que tras de una ridícula genuflexión «dejó al punto escapar por donde pudo su *villanía*». Chiste mensajero, como el de aquel Faraón que estando a caballo levantó su propia anca y «*saludó* grosera e indecorosamente» al enviado de Apries. A nosotros nos parece que con tales chistes la sartén se quedó sin rabo y, andando a sartenazos, más que tiznara se tiznó; del escandalizador se escandalizaron.

(1) Se permitieron, sin embargo, devolver golpe por golpe cuando con toda corrección le atacaron, y de la que hizo caso omiso.

(2) *Académicos en cuadrilla*. Sábado, 12 de junio de 1897. Año XLVIII, núm. 14.372.

(3) *Autores y libros.—Académicos en cuadrilla*, por el «Bachiller Francisco de Estepa». «Zeda». Jueves, 3 de junio de 1897. Año XLIX, núm. 16.882.

(4) Véase la llamada número 20.

dedicarle aquél una columna de prosa en *La Epoca*, cogiendo con un papelito cierta palabra de *Académicos en cuadrilla* con ascos y remilgos. Después de juzgarle a «Zeda» un «escrúpulo de crítico», que le guardaba gran ojeriza (1) por censurarle que cogió y machacó una obra de Sudermann sin saber una palabra germánica, y queos ó poner la pluma sobre un drama de Ibsen; después de aplicarle al articulista de *La Correspondencia de España* el remoquete de nuevo «dómine Zancas largas», a aquél endílgale varios razonamientos para demostrarle que con él no puede «oficiar de cuervo para sacarle los ojos», y al otro escritor de que *descarrila* hasta con erratas ajenas (2). A «Zeda» le considera sin derecho ni autoridad para hacer *críticas de críticas*, y lejos de sacar faltas al prójimo trate el arreglador con más acierto a los dramaturgos extranjeros, que, a falta de tratados que garanticen su propiedad y su reputación, van a verse en el caso de «untar sus dramas con tocino», como dijo Quevedo en sus versos, «para que no los roan Gongorillas».

Hagamos punto final copiando íntegra la defensa que de sus *Cuentos* hicieron los autores dos años después, en 1898: «Todo lo que pudiéramos decir en defensa de esta colección de *Cuentos y chascarrillos* está dicho ya en la introducción que hemos publicado en la edición primera y que reproducimos ahora. Nada tenemos, pues, que añadir ni nada que alegar contra los ataques más o menos duros de la crítica. Diremos, sin embargo, que el público nos ha tratado benévolamente, ya que ha leído y comprado nuestro libro, moviéndonos a imprimirle de nuevo, por todo lo cual nos complacemos en darle las gracias más encarecidas» (3).

Como epitafio del *destripacuentos destripado* y de la crítica madrileña, en cuyos anales hay páginas tan pintorescas y desenfadadas como las del ingenioso y entonces descarriado «Bachiller Francisco de Estepa», puede escribirse: *Antes que el decir de los críticos con prejuicios está el público soberano* (4). *Inclinémonos con reverencia ante la crítica sana* (5).

(1) Según se desprende del final del artículo de «Zeda» el «Bachiller» le invitó a hablar de su libro disculpándose de su anterior virulencia. «Zeda» remachaba el clavo, de lo que noblemente le argüía, de este modo categórico, si se quiere algo reticente: «Esto es lo que siento y lo que francamente digo al «Bachiller de Estepa», respondiendo a su invitación, que juzgo sincera.»

(2) También se *descarriló* con las erratas de Heliogábalo y alhacena *sin haches* en *Cuentos y chascarrillos andaluces*, disparates «que podían corregir sus autores con sólo pedir prestada al padre Mir una [o dos] de las infinitas *haches* que derrocha». (*Acad. en cuad.*, pág. 79.) «¿Es que se quiere hacer de la *h* insignia vistosa, prenda de fantasía o artículo de lujo?» (*Académicos en cuad.*, pág. 108.)

(3) *Advertencia preliminar* de esta segunda edición, pág. V de *Cuentos y chascarrillos andaluces tomados de la boca del vulgo...* Segunda edición. Madrid, librería de Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, 2, 1898. XXIII + 271 págs., en 8.º (17 × 10,7 centímetros).

(4) «El escribir es navegar entre dos escollos», como dijo Valera en la primera serie de las *Cartas americanas* (Madrid, Fuentes y Capdeville, 1889), págs. 132 y 133, hablando del Parnaso colombiano. Para nosotros un escollo es la crítica y otro escollo el comprador.

(5) Parécenos que el lema de ésta es como el de Abdías: «Como tú hiciste se hará contigo; tu galardón volverá sobre tu cabeza.»

